

La crisis de régimen, la pandemia y las izquierdas en el Perú

Álvaro Campana O.

Sumilla

¿Cuál ha sido el papel de las izquierdas en una historia reciente en el Perú, marcada por la crisis del régimen instaurado en 1992, y la emergencia sanitaria generada a escala global por el nuevo coronavirus? Dar cuenta de ello, tomando como hitos para el análisis el contexto de las elecciones parlamentarias complementarias del 2020, así como el estado de emergencia y el prolongado confinamiento, es el propósito de este artículo, en un momento crítico y peligroso para el país, en el que a la vez se abre una importante oportunidad de replantear nuestra historia y darle otro rumbo. Cabe señalar que si bien los acontecimientos son muy rápidos, creemos que ratifican lo que buscamos proponer en esta especie de balance de los hechos desde la perspectiva de las izquierdas.

LAS ELECCIONES DEL AÑO 2016 terminaron siendo dirimidas por dos candidaturas de derecha. Sin embargo, a pesar de la traición y frustración que representó el gobierno de Ollanta Humala, una «tercera mitad» del electorado estuvo a punto de llevar a la segunda vuelta una candidatura de izquierda. Esta izquierda, que concurrió a las elecciones en alianza, estuvo representada en el parlamento por el Frente Amplio (FA), siendo la segunda bancada más importante del Congreso. Lamentablemente, esta alianza duró poco, dejando al sector crítico y potencialmente antineoliberal sin una representación consistente, capaz de darle una salida democrática y de izquierdas a lo que, día a día, se fue configurando como una «crisis de régimen».

Pedro Pablo Kuczynski (PPK), presidente de la República electo en una segunda vuelta, llevó a la «crema y nata» de la tecnocracia neoliberal al control del gobierno y del Estado, para, desatada la crisis, terminar renunciando a la presidencia el 21 de marzo del 2018, luego de una gestión sacudida por los enfrentamientos con el Congreso de mayoría profujimorista. El enfrentamiento de PPK con el Congreso, que precipitara su salida del gobierno, destapó con grandes y sucesivos escándalos que el Estado había sido objeto de una captura mafiosa y lobista por el gran capital, así como por grupos vinculados a la criminalidad, y que tal captura se había realizado a través de los partidos de derecha y de la

tecnoburocracia que había sido instalada en él para consolidarla: los resultados de la investigación del caso Odebrecht y la existencia de la organización criminal denominada «Los cuellos blancos», ejerciendo «justicia» desde el Poder Judicial, mostraron crudamente lo corrupto y criminal de la configuración del Estado neoliberal en el Perú, y que esta era una realidad cuya materialidad fue un lugar común a lo largo de varias décadas.

Si bien las izquierdas dentro del parlamento –FA y Nuevo Perú (NP)– y un sector importante de la ciudadanía, fuera de él, cumplieron un papel importante para enfrentar la crisis que había quedado desatada, estos no lograron conformar una corriente de cambio lo suficientemente amplia y movilizada, capaz de liderar en aquel momento el rescate de nuestras instituciones y su necesaria transformación. Así, a pesar de que la situación llevó al relevo presidencial, a un referéndum y al cierre del Congreso, se tuvo la sensación de que difícilmente se podrían producir grandes cambios. En este escenario, las izquierdas no terminaron de creerse lo profundo de la crisis. No se configuraron como una alternativa que propugnara los cambios necesarios para el país, ni contaron con una ciudadanía que las respaldara. No hubo, pues, sino un malestar con altas dosis de pasividad y desafección de la política, de los políticos y de la democracia. Finalmente, fue el presidente Martín Vizcarra quien terminó canalizando este rechazo. Así, a inicios del 2020, se llevaron a cabo las elecciones para el Congreso a fin de complementar el periodo legislativo y, además, nos vimos enfrentados a la crisis sanitaria global que trajo consigo la pandemia causada por la COVID-19. Analizar el papel de las izquierdas en el 2020 es el propósito de este artículo.

Dos crisis que convergen en el 2020

En lo que va del año 2020 asistimos a dos hechos importantes que configuran el escenario político del país: la elección de un

nuevo Congreso y la emergencia causada por la expansión de la COVID-19 a nivel global, que pasamos a describir sucintamente.

En primer lugar, la crisis de gobernabilidad neoliberal vivida desde el inicio del segundo año del gobierno de PPK, producto de las revelaciones por el caso Lava Jato en las que el expresidente también se vio involucrado, se enmarca en una crisis aún más profunda a la que se ha catalogado como «crisis de régimen». La «crisis de régimen» se produjo: a) al evidenciarse formas de corrupción estructural y la captura mafiosa del Estado que involucra a empresarios, tecnócratas y políticos, y al desatarse un conflicto entre las «élites»; b) al ponerse de manifiesto la incapacidad de solucionar estos problemas bajo los arreglos institucionales instaurados en 1992, que más bien los propiciaron; y c) debido a las dificultades para reproducir su legitimidad producto de la recesión económica y la caída de los precios de las materias primas después de un periodo de crecimiento extraordinario pero excepcional.

Puestos en evidencia los límites del régimen político, se cuestiona el modelo económico y decae, profundamente, el consenso social construido desde hacía tres décadas. Todo ello generó una profunda desconfianza de la ciudadanía en las instituciones y una crisis de representación política con la desafección por la política y la democracia. Fue en este escenario en el que se produjo el reemplazo de PPK por su vicepresidente, Martín Vizcarra, la realización de un referéndum para impulsar reformas en el ámbito judicial y político electoral, el cierre del Congreso y la elección de uno nuevo hasta completar el periodo gubernamental.

En segundo lugar, la pandemia desatada por el coronavirus, que ha obligado a la mayoría de los Estados a implantar estados de excepción y confinar a millones de personas en sus hogares, poniendo en cuestión los enfoques de las políticas neoliberales. El desmantelamiento, desfinanciamiento y privatización de los

sistemas de salud pública ha hecho de estos enfoques incompetentes para responder a la emergencia. Es así que se reconoce la necesidad de tener un Estado más fuerte, que planifique, regule y tenga un rol más activo en la provisión de servicios, en la garantía del ejercicio de derechos y en la recuperación económica, a contrapelo de la idea del Estado mínimo y de la capacidad omnisciente del mercado y de la inversión privada para asignar eficientemente recursos y resolverlo todo por la ley de la oferta y la demanda.

El coronavirus ha acelerado, además, otros procesos de crisis y cambio a nivel global, poniendo en cuestión la globalización neoliberal, que en lugar de afirmar la democracia liberal y la economía de mercado como garantes de la paz y el progreso según sus propios objetivos, ha socavado las democracias, las soberanías nacionales y el orden institucional global erigido después de la Segunda Guerra Mundial, generando profundas desigualdades y una crisis ambiental que amenaza con la desaparición misma de la especie. Frente a ello, urge pensar en alternativas democratizadoras al capitalismo en su forma neoliberal, que devuelvan el poder a los ciudadanos y ciudadanas y que pongan el acento en lo público, sin perder de vista que también se abre la posibilidad de que se exacerben los aspectos más autoritarios y destructivos de la política y del poder, destinados estos a salvaguardar los intereses de los grupos de poder económico global.

Lo anterior tiene profundas repercusiones en el Perú, donde justamente las dificultades y los sesgos en la respuesta a la emergencia por parte del gobierno tienen que ver con los límites estructurales del Estado neoliberal, la insistencia en fórmulas de política que han sido absolutamente rebasadas por la realidad, así como su inclinación a priorizar los intereses de los grupos de poder económico. El desborde social, con importantes sectores de la ciudadanía obligados a buscarse la vida en la calle para no morir de hambre, desafiando el confinamiento normado; el retorno de migrantes a sus regiones y pueblos de origen; y la anomia social,

parecieran plantear que solo hay dos alternativas: imponer medidas más drásticas que garanticen el orden o dejar que la prevalencia de la «selección natural» haga su trabajo, tal como plantean algunos. Todo con tal de impedir que la participación organizada de la población en la respuesta a la crisis, o formas de subsidio económico y social, puedan abrir la caja de Pandora de una discusión sobre la necesidad de una mayor redistribución de la riqueza que eche por la borda la racionalidad impuesta por el neoliberalismo en los últimos 30 años.

Los resultados de las recientes elecciones complementarias del Congreso no fueron auspiciosos para las izquierdas. El Congreso hasta ahora no ha sido capaz de plantear una agenda a la altura de las circunstancias, guiado por el pragmatismo de los grupos que configuran la mayoría parlamentaria. La izquierda presente en este poder del Estado, representada por el FA, junto a otras que han mostrado compartir una agenda progresista como el Frente Popular Agrícola del Perú (Frepap), plantean todavía propuestas dispersas. Si bien es cierto, hoy más que nunca el régimen neoliberal se muestra en lo más crudo de su insolvencia para responder a la emergencia, a las necesidades y al respeto y materialización de derechos fundamentales de la población, como el derecho a la salud y a la igualdad, el gobierno, los medios de comunicación y los grupos de poder económico son los que marcan el rumbo de las medidas y las políticas, sin contrapesos importantes, con una ciudadanía confinada o desbordada, fragmentada, asustada y golpeada por el hambre y el desempleo.

Al respecto, debemos decir que en estos momentos las condiciones para impulsar un cambio de rumbo en el marco de un proyecto de izquierda en el país son mayores y mejores. Estamos en un tiempo para la imaginación política¹, aunque la crisis también azota a las izquierdas que siguen sin tener la capacidad de articular

¹ Ver: Ramírez, Ignacio. «El tiempo de la imaginación política». *nuso.org*, Buenos Aires, abril del 2020. En: bit.ly/2YLP32

una alternativa y forjar un sujeto de cambio que impulse una salida. Como Michel Wieviorka² plantea en una reciente entrevista, el poder está desbordado y nos sobran ideas desde las izquierdas, pero faltan líderes y organizaciones para llevar dichas ideas a cabo, tal como lo demuestra la intervención intermitente y de baja intensidad que se da desde las izquierdas en el momento actual.

Las izquierdas y las elecciones complementarias 2020

Las elecciones complementarias tras el cierre del Congreso y la instalación de una nueva representación deberían haber contribuido a menguar la crisis política, de acuerdo a las consideraciones de quienes creían que la base de esta era un conflicto de poderes. Para algunos sectores en las izquierdas, estas elecciones debían ser fundamentales para disputar la salida a la crisis en el entendido de que la única forma de salir de ella era construir una agenda de grandes y profundas reformas que terminen resolviendo los problemas de fondo. Esto frente a la negativa de Vizcarra de asumir el agotamiento del régimen y la necesidad de abrir un nuevo momento político, sea con un remozado neoliberalismo que resuelva los déficits del Estado y del mercado, o con un cambio en perspectiva posneoliberal, en lo que debía ser una suerte de «transición» a un nuevo régimen. Para otros sectores de la izquierda estas elecciones no tenían importancia o fueron asumidas como un proceso electoral más.

En general, podemos decir que desde las izquierdas primó, como ha ocurrido desde el principio de la «crisis de régimen», una mirada coyunturalista. Tanto las elecciones regionales y locales del 2018, e incluso los intentos de vacancia de PPK, no fueron encarados desde una perspectiva estratégica que las hubiese

² Ver: Febbro, Eduardo. «Michel Wieviorka: 'En este momento, el poder está desbordado'». *pagina12.com.ar*, Buenos Aires, 3 de mayo del 2020. En: bit.ly/3hJuAv1

llevado a articular sus esfuerzos, a construir una agenda común que plantee una transición de régimen, a tratar de recuperar de manera conjunta su relación con una ciudadanía molesta, descontenta, pero mayoritariamente pasiva. Se logró el cierre del Congreso y con ello la derrota del sector más autoritario y reaccionario de la derecha representada por el fujimorismo y el aprismo, pero no unas elecciones generales con nuevas reglas que hubiesen sido un objetivo estratégico a alcanzar. Vizcarra con su importante popularidad ayudó a salvaguardar la gobernabilidad neoliberal y a no ponerla en riesgo, convocando a elecciones parciales que se dieron en condiciones complicadas debido a lo escaso del tiempo y en un contexto de fiestas y vacaciones.

Las elecciones para el nuevo Congreso significaron, en el caso del NP, la ruptura y, con ello, la salida de algunas de sus principales referentes con protagonismo en el parlamento anterior. Esta salida se sustentaba en una supuesta complacencia de esta organización hacia valores ajenos a las izquierdas, o a la corrupción, por el intento de construir una alianza con Perú Libre (PL) y Juntos por el Perú (JPP). Cabe notar que se denunció una especie de oportunismo electoral porque se consideraba que debía priorizarse la inscripción de la organización en lugar de participar en unas elecciones que iban a ser irrelevantes.

En el caso del FA, la apuesta fue la de acumular y consolidarse como la principal fuerza de izquierda, ratificándolo con la elección de una nueva representación en el parlamento. En el caso de la alianza JPP (junto a NP, ante el fracaso de una alianza junto a PL) su estrategia fue, a estas alturas, tener una bancada y afirmar una mayor presencia en el escenario político. PL, por su parte, buscó no perder vigencia, mientras Democracia Directa intentó participar teniendo importantes candidatos regionales (en las elecciones del 2018 ya habían demostrado tener capacidad de convocatoria), tentando suerte en unas elecciones donde no estaba en juego la pérdida del registro electoral. Fueron más bien el etnocacerismo,

en alianza con Unión Por el Perú (UPP), generando una percepción de radicalidad, y el Frepap, que ha venido planteando una agenda progresista, los grupos políticos que dieron la campanada en las elecciones. UPP ganó las regiones del sur, base del voto crítico, donde el FA tuvo su más importante votación en las elecciones del 2016, mientras el Frepap atrajo parte importante del voto de rechazo a la política tradicional. Finalmente, las izquierdas terminaron fragmentadas, perdiendo con ello la oportunidad de obtener una mayor representación³.

El resultado de las elecciones configuró un Congreso con limitada representación. Hasta ahora la actual representación parlamentaria ha sido incapaz de plantear una agenda sustantiva para encarar la «crisis de régimen» y la pandemia desatada por el coronavirus, proponiendo algunas iniciativas sentidas por la población, básicamente efectistas, y más bien parece apuntar a desmontar la mayoría de las tímidas reformas políticas previas al cierre del Congreso anterior. Parece aprovechar para ello la emergencia y juega a ser oposición ahora que la situación se agrava debido a la expansión de la COVID-19 y de la recesión económica a la que conllevan las medidas de emergencia. Se debe agregar, además, que un sector importante de la ciudadanía no tiene representantes. Esto se debe a la fragmentación del voto y a la baja participación electoral, lo que impidió que varias de las organizaciones no pasen la valla, además de sumar las abstenciones, los votos blancos y los nulos⁴. Con ello, el actual Congreso sigue siendo parte de la descomposición del régimen en crisis.

³ En conjunto, la suma de la votación válida obtenida por el Frente Amplio, Juntos por el Perú, Democracia Directa, Perú Libre y Renacimiento Unido Nacional (RUNA) da un 20% de los votos, aproximadamente. Si bien es cierto las sumas no son automáticas, es algo a tener en cuenta.

⁴ De aproximadamente 24.8 millones de ciudadanas y ciudadanos habilitados para votar, un total de 11.7 millones no están representados. De estos, se abstuvieron 5.8 millones; votaron blanco, viciado o nulo, 3 millones; y 4.3 millones votaron por partidos que no pasaron la valla, siendo estos el 31.51% de los que fueron a votar.

La COVID-19 y la megacrisis: limitaciones y desafíos para el Perú y las izquierdas

Los grupos de poder económico, sus tecnócratas, políticos e intelectuales, proponían al país conmemorar el 2021, año del bicentenario de la independencia proclamada por el libertador San Martín, con el ingreso del Perú a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), como culminación de un «proceso de modernización» iniciado hace 30 años. Estos sueños lejos están de hacerse realidad en un país que ha visibilizado su precariedad luego de años de «prosperidad falaz» con la emergencia desatada por la pandemia. Mientras redactamos este artículo, a pesar de la temprana imposición de la cuarentena, el Perú ya ostenta un triste tercer lugar en la región, después de Estados Unidos y Brasil, en contagios y fallecimientos a causa de la COVID-19⁵.

Millones de personas se ven expuestas a una precariedad aún mayor a la ya existente y las llamadas clases medias emergentes, señal del éxito del modelo, regresan a la pobreza. Los más pobres de las ciudades, las regiones y el campo, así como los pueblos indígenas, son, como siempre, los más afectados. El Perú, a pesar de haber sido alabado como uno de los países que rápidamente tomó medidas drásticas para enfrentar la emergencia sanitaria, la emergencia social y económica, anunciando bonos para la población y medidas de reactivación descritas como audaces y millonarias, hoy se encuentra entre los países más castigados por la pandemia, siendo poco creíble la anunciada meseta en la cantidad de contagios y fallecimientos. Tenemos un sistema de salud colapsado donde se debe pelear por un balón de oxígeno a precios exorbitantes para no morir y una población que desborda

⁵ Se habla incluso de un subregistro importante de fallecimientos que arrojaría una cifra de más de 17 mil decesos, mucho más que los más de 5 mil registrados al 5 de junio del 2020.

cada vez más las medidas restrictivas para sobrevivir. El gobierno, por su parte, parece «tirar la toalla», y entre la retórica de la «nueva convivencia» y la «nueva normalidad», la mayoría de peruanos y peruanas se mueven entre la indiferencia, la resignación y el cinismo que ya genera el «sálvese quien pueda».

Con la crisis del proyecto neoliberal, el futuro, ahora, está en disputa. De la comprensión de la profundidad de la crisis que vivimos y de las respuestas que vayamos dando como país, se irá delineando y definiendo lo que será nuestro futuro como colectividad nacional. Estamos ante una megacrisis⁶ que ha sido acelerada con la aparición y expansión del coronavirus. Megacrisis porque articula varias otras crisis resultantes de la sobreexplotación extensiva e intensiva de la naturaleza, que genera la aparición de estas enfermedades que nos jaquean como especie, además de la grave amenaza que implica el «cambio» climático, que ha acelerado los desastres «naturales» en todo el mundo. A esto se le suma una recesión económica profunda –que venía anunciándose antes de la aparición del virus, detonada luego por la pandemia–, con una larga caída de la economía y todo lo que ello trae aparejado⁷. El declive de los Estados Unidos como potencia hegemónica y el socavamiento de las instituciones internacionales también se vienen acelerando, presentándonos un mundo con muchos peligros y adversidades⁸.

La pandemia ha hecho, además, que se visibilicen los desastres causados por la conversión del Estado en un agente garante de intereses privados y del gran capital, antes que de los derechos y del bienestar público. La situación de los sistemas públicos de salud

⁶ Brunner, Joaquín. «Megacrisis y resiliencia». *brunner.cl*, Santiago de Chile, 3 de mayo del 2020. En: brunner.cl/?p=2127

⁷ Gilet, Eliana. «'La crisis no fue generada por el virus': cómo ha cambiado la economía mundial. (Entrevista a Óscar Ugarteche)». *mundo.sputniknews.com*, Moscú, 15 de marzo del 2020. En: bit.ly/2UWBAuL

⁸ Bermejo, Alfonso. «El nuevo orden global al que nos lleva el Covid-19». *noticiassser.pe*, Lima, 15 de marzo del 2020. En: bit.ly/2CjCCdD

ha demostrado estar en condiciones deplorables en todo el mundo. A ello habrá que sumar la desafección de la población frente a la política y la democracia liberal en sociedades que reclaman algo de orden y estabilidad en medio de la anarquía capitalista y la precarización y desigualdad a la que han sido arrojadas las grandes mayorías en todo el planeta.

Nuevamente, en el Perú, como en el mundo, se abre un escenario en el que se hace posible plantear e impulsar los grandes cambios que se necesitan. Sin embargo, la derecha, la liberal y la reaccionaria, teme que cualquier iniciativa reformista pueda terminar empujando cambios de mayor hondura. Por ello, el soporte social a las medidas de confinamiento se ha basado en los programas focalizados de lucha contra la pobreza, impidiéndose cualquier tipo de protagonismo ciudadano, sea para generar un mayor consenso sobre las medidas a través del diálogo o a través del involucramiento de los sectores organizados en los niveles primarios de atención de la salud, abandonados estos por una respuesta centrada en la atención hospitalaria. Se ha preferido entonces una población tutelada por la tecnocracia, los medios y las fuerzas del orden. Finalmente, se ha optado por cautelar, nuevamente, los intereses de los grupos de poder económico, poniendo el peso de la crisis en las espaldas de los trabajadores, apelando a la suspensión perfecta, una suerte de despido encubierto de los trabajadores, destinando los recursos para el salvataje financiero en favor de los bancos y los grandes grupos de poder económico⁹, incluidas las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), cada vez más cuestionadas por importantes sectores de la ciudadanía. Así pues, se han dado martillazos sobre una coladera¹⁰. Pero no solo se trata de errores de gestión y política,

⁹ Francke, Pedro. «El fiasco de ReactivaPerú y lo que Realmente Necesitamos». *pedrofrancke.com*, Lima, 16 de mayo del 2020. En: bit.ly/2YNSr3T

¹⁰ López, Sinesio. «Martillazos sobre una coladera». *larepublica.pe*, Lima, 28 de mayo del 2020. En: bit.ly/2AHp4bH

o de los límites estructurales que se imponen a nivel institucional, económico y social con la precarización neoliberal del Estado, la economía y la sociedad peruanas: se trata de políticas de clase. Ello se evidencia en la propia estrategia de reactivación de sectores de la economía en los que la agricultura familiar sigue siendo la más olvidada, cuando es fundamental para garantizar la alimentación, el trabajo y la subsistencia de una porción importante de la población, mientras que la actividad minera no se ha suspendido y los contagios entre sus trabajadores son importantes.

Las izquierdas en un principio fueron cautelosas, entre la comprensible perplejidad ante una situación descrita como inédita y la necesidad de respuesta conjunta frente a una amenaza que no parecía distinguir clases ni respetar diferencias de ninguna índole. En ese contexto, había que apoyar la declaración de emergencia y el confinamiento. La propia población mayoritariamente ha asumido como correctas las disposiciones del gobierno, adjudicándose este un importante nivel de popularidad, monopolizando las iniciativas y su presencia en los medios, dada la situación. Sin embargo, ahora es más evidente que el virus sí distingue y exacerba las condiciones de desigualdad y de dominación.

Fue Podemos Perú, encabezado por Daniel Urresti, el candidato más votado de la contienda electoral del 2020, quien logró desde el parlamento instalar en la agenda política el tema de las AFP, exigiendo que el 25% de los aportes pueda ser retirado, con una clara oposición del gobierno. El Frepap ha presentado iniciativas interesantes sobre el impuesto a la riqueza, pero no han tenido mayor eco. Y, finalmente, fue el Frente Amplio, principalmente a través de Rocío Silva y Mirtha Vásquez, junto con parte de la izquierda fuera del parlamento, como Nuevo Perú, con Verónica Mendoza a la cabeza, quienes plantearon la necesidad de un «bono universal» como clave para resistir la «cuarentena sin hambre», exigiendo derogar, además, las normas antilaborales por una «cuarentena sin explotación». También se ha buscado poner en

el centro de la discusión el apoyo a la pequeña agricultura, pero sin éxito. Ahora, la discusión que se plantea es la de una «renta universal» mientras dure la emergencia sanitaria y el confinamiento. Luego, se planteó el impuesto a la riqueza, el cual, sin embargo, ha sido mediatizado, cuando no ridiculizado, en circunstancias en que en diversos países el debate sobre este impuesto es un tema de la agenda política.

Vizcarra, en sus usuales intervenciones televisadas y en muchas medidas asumidas por su gobierno, ha tratado, hábilmente, de responder a todas las demandas sociales, planteando la necesidad de una reforma integral del sistema de pensiones, la aprobación de un bono universal familiar que sigue siendo focalizado, la discusión de un impuesto a los salarios altos como si fueran sinónimo de un impuesto a la riqueza, que finalmente se ha diluido, entre otras medidas.

Hoy que el Perú se encuentra en el pico de muertes y contagios, con la poca voluntad del gobierno de aplicar la ley para articular a los establecimientos privados de salud a la respuesta estatal ante la emergencia, con las presiones de acelerar el desconfinamiento y la reactivación de la economía por parte de los grupos de poder económico, y tras ya casi tres meses de un confinamiento que no tiene cómo sostenerse con un Estado incapaz de distribuir fondos a la población, se plantean nuevos frentes de crítica al gobierno. En esta situación, las izquierdas han demostrado tener propuestas frente a la crisis. Si bien es cierto el gobierno continúa manteniendo importantes niveles de aceptación pública, es también cierto que esta empieza a disminuir. La «nueva normalidad» y la «nueva convivencia» son fórmulas altisonantes para seguir en más de lo mismo y no para abrir un nuevo momento en la historia del país, que es lo que se reclama.

Para terminar

¿Las izquierdas serán capaces de articular el creciente descontento hacia una crítica más de fondo y, a la vez, ser capaces de mostrarse como alternativa de salida a este momento tan difícil que pueda significar un nuevo pacto social, una nueva Constitución e incluso una refundación de la República?

Debemos, por otra parte, tomar en cuenta que las elecciones del 2021, que también serán afectadas por la actual situación, ya se encuentran cerca. ¿Serán las izquierdas capaces de construir un proyecto convocante y desde una perspectiva más estratégica al desafío planteado por las crisis? Las izquierdas en el parlamento y las que están fuera de él, han estado lejos de dar una respuesta articulada y contundente al desafío de tener un perfil propio e instalar su agenda como parte de una propuesta programática más integral. Con ideas importantes en torno a diversos temas, tal como hemos visto, a los que podemos agregar los relacionados a la reactivación del agro y la necesidad de garantizar la alimentación de la población, así como la urgencia de unificar el sistema de salud y de fortalecerlo en su nivel primario, la izquierda no ha sido capaz de plantear nada respecto de los retornantes o las dificultades de los gobiernos descentralizados para enfrentar la pandemia. Estas dificultades pueden atribuirse, por supuesto, a las circunstancias de encierro, pero también a lo deslucido de la participación de la bancada del FA en el parlamento, con algunas excepciones, la aparición intermitente del NP y su lideresa, la debilidad de organizaciones como la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), así como a los limitados vínculos de las izquierdas con sectores de la sociedad, como los pequeños agricultores o los trabajadores de la salud, o como las comunidades rurales y urbanas, donde los pobladores desde sus territorios desarrollan iniciativas y estrategias para impedir la expansión de la infección y activar mecanismos de supervivencia.

Y si bien algunos esfuerzos se vienen dando en este rumbo, se necesitará forjar una gran fuerza social para cambiar realmente las cosas¹¹. La derecha que ha capturado el Estado, los grupos de poder económico que se agrupan en la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (Confiep) y los que se han hecho millonarios con las miserias y desigualdades de la mayoría de peruanos y peruanas, incluso en situaciones tan graves como las que vivimos, incapaces de cambiar de actitud, difícilmente permitirán que así nomás se den cambios.

¹¹ Como bien lo advierte Rafael Poch en su artículo «En la boca del túnel», contrariamente a quienes anuncian que estamos *ad portas* del fin del orden actual, el mundo que viene podrá ser diferente, pero no necesariamente mejor. Los grupos de poder no cederán fácilmente su poder, por lo que se requiere de una fuerza social colosal para construir un orden social más viable y equitativo en el mundo. Ver: Poch, Rafael. «En la boca del túnel». *rafaelpoch.com*, Barcelona, mayo del 2020. En: t.co/zZbmQHNIiLU